

la vida  
ardiente  
y  
dolorosa  
de

# BRINDIS DE SALAS

Por NICOLAS GUILLEN

El 4 de agosto pasado se cumplió el 110 aniversario del nacimiento del gran violinista cubano que conquistó fama universal. En 1952, con motivo del centenario de Brindis de Salas, Nicolás Guillén publicó en la revista "Ultima Hora" este artículo que ahora HOY-DOMINGO reproduce con satisfacción

*Hoy, agosto 12/62.*



PATRIMONIO  
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR  
DE LA HABANA

**E**L famoso violinista cubano Brindis de Salas, llamado Claudio José Domingo, nació en La Habana hace cien años, en una casita de la calle "del Aguila", la cual tenía por aquel entonces el número 168.

Su padre, que era músico, aunque sin el mundial renombre que andando el tiempo alcanzaría el hijo, estaba casado en segundas nupcias con María Nemesia Garrido, quien dióle también dos vástagos más: José del Rosario y José Orosio. Del primer matrimonio el viejo Brindis sólo había tenido una hija, María Severiana, nombre que era el mismo de la madre, ésta de apellido Arango.

Brindis de Salas abrió los ojos, pues en un ambiente musical. El padre, hombre ya maduro en 1852, pues naciera en los comienzos justos del siglo, habíase aplicado desde niño al estudio del violín, a que le destinó su progenitor, el sargento primero del Real Cuerpo de Artillería, Luis Brindis. Hermano de leche del Conde de Bayona, estuvo relacionado desde la infancia con figuras muy señaladas de la aristocracia habanera, cuyos saraos amenizaba con una "orquesta de baile", famosa en aquellos medios. Como su hijo después, era hombre elegante y pulcro, de cuerpo bien dispuesto y prócer. Componía versos, de los cuales se conocen unos serventesios dedicados a las señoras doña Catalina Calvo de Calderón y doña Catalina Calvo de Calderón, y un soneto escrito en los natales de don Juan de la Cruz y del Junco. En suma, un negro que, a diferencia de otros de su misma piel, como el poeta Manzano, sepultado por esos mismos años en la más dura esclavitud, gozaba de muchas franquicias en la high life habanera del primer tercio del siglo XIX.

Sin embargo, tales relaciones no lo libraron de la tortura y la prisión en 1844, cuando se abrió el sangriento proceso por la llamada Conspiración de la Escalera. Cuando del Consejo de Guerra a que se vio sometido en Matanzas, del 18 de diciembre al 25 de ese

mismo mes y de aquel año, fue expulsado de Cuba —pena sin duda harto benigna— con prohibición de volver también a Puerto Rico. Pero en 1849, Brindis estaba nuevamente en La Habana, aunque guardando prisión por quebrantamiento de condena, es decir, por haber regresado. Dos años después lo libertó el general Concha, su compadre y amigo, con la condición de que saliera del país. Se le prorrogó luego la estancia y al fin quedó en la Isla, y en nuestra capital murió ciego y en extrema pobreza, en 1872.

Además de los versos, el viejo Brindis compuso algunas piezas de escaso valor, como una opereta titulada "Congojas matrimoniales" y una Melodía, dedicada al general Concha e impresa en 1854.

Claudio José Domingo Brindis de Salas, viene al mundo el 4 de agosto de 1852, en momentos en que la situación de la Isla era harto distinta de la que había encontrado al nacer el padre del famoso violinista, en 1800. Pese a la apre-

tada cerrazón colonial, las ideas de justicia y libertad iban filtrándose en el pensamiento de muchos cubanos inteligentes e instruidos, que formaban parte de la incipiente burguesía criolla y no pocos de los cuales habían viajado con fruto por Europa y América. Y si evidente inquietud existía en el orden político, ya casi en las vísperas del Grito de Yara, mayor aún podía notarse en el campo artístico, especialmente durante el período que va desde 1840 hasta 1870. Saliendo de la torpe postración en que se hallaba a fines del siglo XVIII y comienzos del siglo XIX, la sociedad blanca entregábase al cultivo de la música, ello sin olvidar que eran muchas las familias negras libres, en cuyo seno rendíase tributo a ese arte. No obstante las numerosas limitaciones de todo orden, propias de una colonia, el ambiente resultaba favorable, pues, al desarrollo de un gran temperamento artístico, de manera que el de Brindis halló campo donde explayarse con mayores posibilidades que las que tuvo su padre. Este había aprendido al cabo, luego de la sangrienta experiencia de la Escalera, lo duro que era el ser negro en Cuba, aún en casos excepcionales como el suyo y con las relaciones que le hemos visto. Por eso ansió siempre que el hijo se le educara en medios más liberales, Francia de ser posible. ¿Pero cómo, si ya cuando Claudio José Domingo viene al mundo el padre es un fantasma de lo que fuera antes y apenas puede librar su sustento y el de su familia, pues otras orquestas habían sustituido a la suya y él estaba tachado por el proceso de la conspiración?

En este punto recuerdo a un notabilísimo violinista negro, ya fallecido, Francisco de Paula Arango, contóme hace ya muchos años que según referencia del propio joven Brindis, éste logró salir de Cuba, en 1869, mediante una lotería que le puso en las manos, caídas del cielo, diecinueve onzas. Ya entonces era el asombro de cuantos le habían escuchado. A los ocho años compuso una danza que tituló "La Simpatizadora", dedicada a una dama habanera principal. A los diez tocó en el "Liceo" de La Habana. A los diecisiete (cuando parte hacia París) reconocíasele como "la esperanza musical de Cuba". Un profesor negro, José Redondo, y uno blanco, el belga Van Der Gutch, habían tomado parte principalísima en su educación artística.

En París, Brindis ingresó de inmediato en el Conservatorio, donde prosiguió los estudios comenzados en la Habana. El primer año obtuvo un accesit; el segundo, un primer premio. A partir de ese momento, la crítica comienza a señalarlo con encomio. "Es un artista de gran talento —dice el comentarista de "Le Siecle"— que en todos los conciertos en que se ha dejado oír, obtuvo el más ilustre jero de los éxitos". Weber, en "Le Temps" aseguró que nadie como Brindis sabía "apoderarse de su auditorio y dominarlo de modo tan completo".

Inicia entonces una gira por Europa, Italia, Alemania, Inglaterra, Rusia... En Florencia, los diarios hablan de "un joven negro, perfectamente negro, hijo de Cuba, de un talento extraordinario, de hermosa y simpática figura, que habla seis o siete lenguas..." "En Milán, se reconoce que el prodigioso violinista arranca a su instrumento "dulcísimos sonidos, apasionados y aún en las más difíciles situaciones conserva una serenidad, un buen gusto y una pureza de entonación verdaderamente envidiables".

Ya es famoso en las principales capitales de Europa cuando Brindis decide regresar a Cuba, en 1875. Antes recorre diversos países del Continente, entre ellos Venezuela y los de América Central, hasta que en la noche del 24 de noviembre de 1877 presentó ante el público habanero en el teatro "Payret", después de una ausencia de ocho años. Y no sólo "Payret", sino en los altos de "El Louvre", y en un beneficio, celebrado en el teatro "Tacón". Brindis de Salas inicia enseguida una gira por el interior de la Isla y llega hasta Santiago de Cuba, en enero de 1878. De vuelta a La Habana, embarca hacia México y se aparece el 21 de ese mes en Veracruz. El 2 de abril llega a la capital. El Casino Español lo festeja en un acto brillantísimo, previo a su actuación en los teatros "Abreu" y "Principal".

Por esos días visitó también México otro violinista famoso, también cubano y también "de color": Joseíto White, distinguido y honrado por hombres como Rosini, Gounod y Auber y el cual había dejado una profunda impresión en el público y la crítica de aquel

país. Sin embargo, Brindis de Salas triunfó sin estorbos. Era "otra cosa", tal vez menos cuajado que su eminente compatriota, pero en cambio más romántico y brillante. Tenía razón el crítico de "El Siglo XIX" cuando comparó estas dos grandes figuras de la música universal: "El señor Brindis de Salas no es de la escuela de White; éste, clásico por excelencia, acusa un profundo conocimiento de su arte; Brindis de Salas, menos amigo de las exigencias magistrales, revela una maravillosa espontaneidad en sus creaciones y una audacia en su estilo digno de su inmenso talento de artista".

Nueva vuelta a Europa y nueva visita a Cuba, en 1886. El artista contaba entonces 34 años de edad. Fortalecido por el estudio, su genio resplandecía a plenitud. El concierto que ofreció en el Gran Teatro (hoy Teatro Nacional) fue, a juzgar por el extenso artículo que le dedicó Serafin Ramírez, uno de los acontecimientos artísticos de mayor categoría de cuantos presenciara La Habana hasta entonces. "Entre las cualidades que le adornan —escribió entonces Ramírez— sobresalen a nuestro juicio una fuerza de arco extraordinaria y un estilo apasionado. Su ejecución es brillante y hasta diabólica en muchos casos; y se comprende que así sea, porque con su mano izquierda ha llegado materialmente a identificarse con el

instrumento, como posee además un tono hermoso, un arco potente y flexible a la vez y sobre todo tiene una feliz organización, una imaginación vivaz, un carácter enérgico, claro está que hace cuanto se le antoja, dando a su ejecución, como el célebre Olle Bull, una importancia deslumbradora..."

Esta segunda presentación de Brindis en La Habana fue, como decimos, un verdadero acontecimiento público. Su apuesto continente, su atracción personal, realmente magnética, sus modales distinguidos y la anchurosa fama que lo acompañaba, convirtiéndole pronto en un personaje popular, hacia el que todas las miradas se volvían, al que todos señalaban con admiración o curiosidad. Contribuía a ello, sin duda, el color del artista, sus títulos de caballero y barón y sobre todo su desenfado y orgullo, que siempre dieron a su carácter un tono de agría altivez.

Cuéntase que precisamente por esta fecha, penetró el rey de los octavas, acompañado de varios amigos blancos admiradores suyos, en un café "exclusivo" que a la sazón estaba de moda en La Habana. Pidió cada quien que tomar y cuando lo hizo Brindis, el dependiente respondió con aspereza: "Yo no sirvo sino a los caballeros, no a los negros". Brindis de Salas se irguió como picado por un tábano. Esbelto y colérico se llevó la mano a la solapa del frac y señalando un botón que llevaba en ella exclamó lleno de ardor: "¡Pues yo soy caballero de la Legión de Honor y no hay aquí tal vez quien pueda decir lo mismo!"

De La Habana regresó Brindis otra vez a Europa. Su genio, sus gustos, sus hábitos, sus relaciones eran más de aquel continente que del nuestro, de modo que a la tierra de su formación espiritual volvía siempre, después que visitaba el mundo en que naciera, el cual no solía mostrarse del todo propicio.

En 1889, hallándose en Barcelona, decidió partir hacia Buenos Aires, mediante un contrato por cinco conciertos con el empresario Mario Condé, y a la gran capital argentina llegó a mediados de agosto de aquel año. Llevaba una recomendación de Emilio Castelar. A pesar de ello, sus primeros pasos giran sin éxito alrededor del empresario Onrubia, el cual le ofrece sólo 100 pesos por noche, que Brindis rechaza, aunque su situación económica dista mucha de ser holgada. Sin embargo, la carta del gran tribuno español le franquea el hogar del prócer argentino Bartolomé Mitre y allí lo oye, una noche inolvidable, el gran crítico musical de "La Nación", don Enrique Frexas.

Es lástima que por necesidades de espacio no podamos reproducir el hermosísimo artículo que Frexas dedicó a Brindis. Pero baste decir que su aparición en el gran diario argentino decidió la suerte del violinista en la urbe del Plata: seis días más tarde, el 27 de agosto de 1889, Brindis debutaba con un éxito estruendoso, ganando 1,000 pesos por noche... Desde ese

momento, la sociedad bonarense multiplica su entusiasmo por el artista, a quien agasaja hasta el cansancio; los empresarios le adulan; las mujeres le aman; todos le admiran. Toca en los salones del prominente porteño Albert Guerrico y éste, así que lo oye, le regala un solitario de brillantes. Los amigos le costean un *stradivarius*. Recorre en triunfo las provincias argentinas, donde se repiten las escenas de Buenos Aires, hasta que al fin, después de dos años de gloria, decide, como siempre, regresar a Europa.

En Berlín, Brindis contrae matrimonio con una dama alemana y es nombrado concertista del Emperador. Se instala en Kanstrasse 56, casa que adquiere y aun parece haber tenido cierta participación en una fábrica de instrumentos musicales. Pero el carácter inquieto no ha de domársele y emprende nueva peregrinación artística. En 1890 y 1895 está otra vez en La Habana. En 1898, su hogar se derrumba. La mujer establece demanda de divorcio, hastiada de aquel genio andariego y excéntrico. Brindis se lanza, como siempre, a recorrer el mundo, dejando en Alemania sus bienes y tres hi-

jos, violinistas también. Otra estancia en La Habana, en 1900. "Llegó, vio... y lo contrataron en 'Alizú'" —escribió el Conde Kostia—. Recorre el interior de la Isla, sin resultado económico favorable. Se va y vuelve en 1901. Luego de otra gira inútil por su patria, marcha, al fin, de Cuba, esta vez para siempre.

El desastre del hogar tanto como la evidente declinación de su genio artístico; los excesos que en ciertos temperamentos exaltados produce la gloria; el desorden de su vida, ganada progresivamente por el alcohol, fueron sin duda socavando aquella naturaleza excepcional. Durante algunos años Brindis se pasea por Europa y América, pero ya se sabe que la cuesta es de bajada.

En 1911 aparece en Ronda (España) donde después de un concierto —¡el último!— en el teatro "Espinel", decide volver a Buenos Aires, a donde llega a fines de mayo de aquel año. ¿Qué quiso, qué quería Brindis en la Argentina después de 22 años de ausencia? Quizás soñara renovar sus días de gloria, encontrar la mano amiga de otro Frexas y empezar nuevamente, pero eso era imposible.

Durante dos días, el 25 y el 26 de mayo, Brindis se hospeda en una infima posada de la calle Sarmientos y no deja su tugurio sino para vagar como un atorrante, sin más compañía que la de sus recuerdos dolorosos. A nadie dijo su nombre. Y quien le vio aquellos días, sucio, peludo, descuidado, con la piel cenicienta de los negros tuberculosos, anciano de ojos apagados y claudicante andar, nunca creyera que era el famoso Rey de las Octavas, el violinista cubano naturalizado alemán que había paseado por el mundo su genio, su fama y su insolencia; el músico de bello nombre y bello porte, ante

cuyo arte estuvo rendida la misma sociedad que ahora iba a verle morir oscuramente: nadie creería que era Claudio José Domingo Brindis de Salas, caballero y barón, miembro de órdenes españolas, italianas, portuguesas y austriacas, Gran Cruz del Aguila Negra y violinista de cámara de Su Majestad el Emperador de Alemania...

De su pobrisimo refugio se trasladó el infeliz a otro del mismo jaez, la fonda "Ai Rei di Vini", en el Paseo de Julio, de donde ya no habría de salir sino con la garra de la muerte clavada sobre el cuello. El 31 de mayo, la Asistencia Pública recibió una llamada telefónica, informando que un negro atorrante encontrado en plena calle estaba a punto de morir. En una ambulancia fue conducido a la sala de primeros auxilios. Bajo los harapos apareció un corset masculino, mugriento, un programa y un pasaporte.

—¿Brindis de Salas? ¿Usted es Brindis de Salas? —le preguntó el médico asistente.

—Sí... Brindis de Salas, pero me muero.

Unos minutos después abatía para siempre la cabeza. Era la madrugada del 2 de julio de 1911.

De los tres grandes violinistas dados por Cuba el siglo pasado (Brindis, White y Diaz Albertini) Brindis es el más desordenado, el más fogoso y desigual. Aunque su arte fue depurándose hasta alcanzar la plenitud de que ofreció tantas y tan hermosas pruebas, a lo largo de su carrera, nunca estuvo, como sus agregios rivales, consagrado al estudio exclusivo de su instrumento. Parecía sentirse, aun con tirano tan cruel como el violín, por encima de su feroz mandato, abandonándole durante días para volver a abrazarle con el amor renovado y sin que en realidad hubiera padecido tanto como los amigos temían, su asombroso poder de ejecución.

Hijo de un excéntrico como fue Claudio Brindis, el Rey de las Octavas distó mucho de ser un modelo de equilibrio; sus andanzas por Europa y América lo pintan siempre como uno de los hombres en quienes el desorden del espíritu es fuerza que los va empujando cada día hacia nuevos horizontes, hacia perspectivas desconocidas, en busca de la emoción sin desflorar. Así viose envuelto más de una vez en las mallas del escándalo, que no siempre tuvo Brindis freno que lo detuviera, ni muy estrecha moral que le pautara la vida.

Los que le conocieron y trataron hablan de su carácter, que no era dulce y muy cargado de vanidad, pues los triunfos en medios artísticos donde ellos no eran fáciles, la conciencia del altísimo valer propio y una erizada defensa contra la vulgaridad, lo llevaron más de una vez a trasponer los límites de la cordura, sobre todo aquellos que separan ésta de la dureza y la violencia.

Es posible que hubiera en el Paganini negro un inconsciente sedimento de amargura, fijado por el recuerdo de los últimos días de su padre y por el desdén con que algunos espíritus inferiores quisieron tratarlo a causa de su color. De todas suertes, Brindis fue grande por su ardoroso genio artístico, por el contenido de su personalidad rara, poderosa, impar. Y la visión de su vida, azotada por un torbellino de pasiones, miserable unas veces, fastuosa otras, siempre profundamente humana, nos brinda fina sustancia romántica, entreverada de esa locura que en ciertos hombres superiores suele ser la única condición razonable. Como ocurre muchas veces, su verdadera vida comenzó con su muerte: que ahora si es inolvidable para Cuba el estupendo violinista negro, que tantas veces hizo nacer su patria en la admiración de quienes a no ser por aquel genio, nunca la hubieran conocido.

